¿Y a ti que te define? 24/01/2014

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

En Lima estamos acostumbrados a ponerle ‘chapas’ o apodos a todo el mundo. No cabe duda de que somos muy creativos: ‘faquir de pantano’ o ‘cuarto de pollo’ se usan para referirse a personas muy delgadas. Sin embargo, muchas de las etiquetas adjudicadas a la gente –que se originan en sus características físicas, habilidades, color de la piel, estatura u otras marcas personales- terminan convirtiéndose en la manera privilegiada en que vemos a las personas.

En otras palabras, las etiquetas que le ponemos a la gente empiezan a ser consideradas las características que definen lo que realmente alguien es. Y de allí al ‘bullying’ hay un solo paso. Muchos jóvenes son fastidiados sistemáticamente mediante apodos que se popularizan rápidamente a través de las redes sociales y que dan cuenta –a veces- de alguna característica particular, pero no de lo que el joven es como ser diverso, complejo y cambiante.

Estas reflexiones surgen a partir de dos jóvenes estadounidenses ejemplares que se sacaraon las etiquetas que muchos les colocaron. El primero es Sam Berns, de 17 años (recientemente fallecido), quien sufría de progeria, enfermedad que le generaba envejecimiento prematuro; es decir, tenía la apariencia de un anciano. Sam señalaba que era feliz y que una de las claves para lograrlo consistía en pensar que él era mucho más que la etiqueta que la ciencia médica le había colocado como víctima de la rara enfermedad que lo aquejaba. Él se representaba como un joven cualquiera: su enfermedad no lo definía como persona.

La segunda persona es Lizzie Velásquez, de 25 años, que no puede subir de peso debido a una extraña enfermedad (nunca logró pesar mas de 29 kilos) y que es parcialmente ciega. Lizzie sufrió maltrato sistemático o ‘bullying’ desde pequeña por su aspecto físico, a tal punto que fue declarada por las redes sociales como ‘la mujer más fea del mundo’. Ella comentaba las frases demoledoras que le escribían conocidos y extraños con una calma asombrosa: “Mátate, no tienes remedio… Hazle un favor al mundo”. Sin embargo, en vez de sucumbir a la tristeza o desesperanza, Lizzie entendió que la única manera de enfrentar la agresión con la que el mundo la recibía era rechazar las etiquetas que la reducían a su apariencia física, para resaltar la belleza que había en ella. Esta joven valiente no solo estudió una carrera universitaria, sino que se hizo escritora y motivadora profesional.

Sam y Lizzie lograron ser felices porque supieron darse cuenta de que ellos eran mucho más que las enfermedades que los acosaban y las ‘chapas’ que las personas le colocaban.

Pero ser diferente en Lima no es fácil. Nuestra ciudad no es muy gentil con la diversidad. Estamos acostumbrados a las clasificaciones y a los apodos despiadados, sucumbimos permanentemente al deseo de nombrar al otro sin ningún reparo, resaltando peculiaridades corporales, discapacidades físicas, enfermedades o cualquier marca que nos lleva del cariño al odio, sin medias tintas.